

había sido conquistada por todos. De aquí, aparte de la propiedad quiritaria, guardada celosamente por el Dios Término, la existencia del ager público, de la tierra pública, que en realidad debía ser de todos los guerreros, de todos los que habían contribuido á las conquistas. Pero por medios que no son del momento referir, los patricios y los caballeros habían acaparado las tierras que eran de todos, que habían sido ganadas por todos, que debían, por consecuencia, tener todos. Los Gracos no pedían la destrucción de la propiedad; bien al revés, pedían la creación de la propiedad. En realidad, querían destruir la inmensa confiscación de la propiedad por el Estado. Y allí, el problema social no tenía más que el término de la propiedad. No existía el término del trabajo. El único trabajador era el esclavo. Pero el esclavo no era hombre, era casi como el buey del campo, como el perro de la casa. Los patricios habían convertido sus propiedades en prados; la tierra de labor en tierra de pasto.

Y así, solo necesitaban un esclavo que guardase sus ganados, esclavo á quien ni siquiera daban de comer, dejándolo entregado á la fatalidad, al sustento que pudiera procurarse en los campos. Así, en Roma, donde no se conocía en los tiempos en que el problema social aparece, no se conocía el trabajo como entre nosotros, el problema social tenía dos soluciones; la solución democrática, que hubiera consistido en desamortizar el campo público y convertir al ciudadano en propietario y trabajador de ese campo; la solución socialista, que hubiera consistido en dejar la propiedad en manos del Estado y alimentar al pueblo ocioso con los productos del fisco. Imaginaos que se hubiera adoptado la primera solución, la solución democrática. La democracia se hubiera conservado; los tiempos del agricultor Cincinato hubieran vuelto; el ciudadano, alejado de la ociosidad, convertido á cultivar su tierra, se hubiera preservado del vicio que lo devoró; las grandes virtudes republi-

canas, que no anidarán nunca en el alma de los esclavos, hubieran traído la salud del mundo; y el tránsito de una edad á otra edad de la historia, acaso no hubiera necesitado nunca de aquella catástrofe de los bárbaros, que fué como el cauterio aplicado á la corrupción universal, traída por aquel monstruoso Estado, que convirtió la humanidad en la impura manceba de Heliogábalo. La solución democrática era fácil; respetar la propiedad privada, desamortizar la pública propiedad.

¿Pero qué solución sobrevino? ¡Ah! Sobrevino la solución socialista. Sobre la ruina de la libertad, sobre la ruina del arte, sobre la ruina de la República, se levantó un hombre que era cónsul, tribuno, dictador perpétuo, imagen fiel del Estado, inmenso, infinito; y aquel hombre era el jefe de las legiones, el oráculo del derecho, el sumo pontífice de la religión, el juez supremo y el supremo artífice; el que convertía los senadores en sus cortesanos, los soldados en sus gladiadores, Roma en el lecho de sus placeres, los pueblos en sus esclavos, el mundo en su palacio, el cielo en su cómplice; porque aquel César, ora astuto, ora asesino, ora ladrón, ora voluptuoso; siempre desesperado, en medio de las mayores grandezas; siempre vicioso, aunque le hubiera dotado naturaleza de las mayores virtudes; al creerse un Dios, al condensar en su frente el espíritu humano, convertíase en asqueroso bruto, que, á manera del cerdo, vivía revolcándose en la inmundicia.

Pues bien; ese César hizo todo lo posible por el pueblo, todo. Sacrificó á sus plantas la aristocracia, lo emancipó de la aspereza del trabajo, levantó casas para alojarlo, fundó una inmensa alhóndiga donde le repartía su ración diaria de trigo, construyó baños como no los tendría hoy un rey, cubrió con toldos de púrpura el techo de sus teatros, con polvos de minio y oro sus circos, cazó leones en la Numidia y hombres en los Alpes, para darle luchas de fieras y de gladiadores; pero le quitó la libertad, y aquel pueblo, harto de

pan y necesitado de justicia, se debilitó, se corrompió, no pudo sostener en sus manos ni la espada ni el arado, llegó á la estenuación del cuerpo, á la imbecilidad del alma; y un día vinieron hombres valientes aunque no tan felices; más grandes porque eran más libres; y arrojaron de sus palacios á aquel pueblo, que al esclavizarse por un pedazo de pan, se convirtió de pueblo de héroes en pueblo de prostitutas.

Trabajadores: después de este grande ejemplo, no hay que buscar el bien del trabajador en la esclavitud, porque encontraremos su miseria. No lo dudeis; el trabajo principal de la democracia es procurar vuestra emancipación y asegurar vuestro derecho. Representa en la historia progresiva del mundo el momento feliz en que el estado último, proscrito tantos siglos, y marcado con la ignominia, aparece en la sociedad, reclamando la libertad que le pertenece de justicia. Ciertamente, una sociedad no es grande, no es hermosa por tener formidables escuadras, numerosos ejércitos, lujosas aristocracias, muchos magnates, sino por el grado de bienestar que gozan esas clases trabajadoras que la sostienen con sus fuertes brazos. Importan poco los palacios del Oriente, los jardines aéreos, las torres frizando con las nubes, las ciudades encantadas, los muros teñidos con los colores del iris, si al pie de tantas maravillas se consumen, arrastrando sus cadenas, generaciones de esclavos. Vosotros, pobres trabajadores, que continuais las obras de Dios, que pulís el planeta, que arrancais las espinas á sus campos, que tejéis las fibras de las plantas y el vellón de los corderos para cubrir nuestra desnudez, que herís el suelo haciendo brotar por doquier los manantiales necesarios para la vida; vosotros mereceis ser libres é iguales en el derecho, para continuar con dignidad la obra maravillosa de infundir el espíritu humano por todos los poros de la tierra.

Pero no queráis una sociedad en que sea

A.

preciso herir en vuestro favor ninguna de las manifestaciones de la libertad, porque al herir la libertad, os herís á vosotros mismos en vuestros derechos. La ley de la naturaleza humana es una, y si creéis que merece más libertad el pensamiento que el trabajo, la actividad intelectual que la actividad material, como creen los socialistas, os exponéis á que renazcan á vuestros pies aquellas castas antiguas que os condenaban á eterna inferioridad moral, y con la eterna inferioridad moral á perdurable hambre. Las asociaciones comunistas han pasado, han muerto. El espíritu ascético de la Edad Media las creó fuertes y poderosas; les dió templos para orar, bibliotecas para instruirse, campos para trabajar, magníficas viviendas que eclipsaban los palacios de los reyes; y si durante el tiempo que no se oyó en la historia la voz de la naturaleza, ni en el espíritu del hombre el sentimiento individual, pudieron vivir en armonía con la civilización, así que vino el siglo del renacimiento decayeron, y se aniquilaron así que vino el siglo de la revolución. Y es porque todo el movimiento de la civilización, todo el trabajo de la historia converge por una ley ineludible á crear esta personalidad humana, fuerte y poderosa, superior á todo cuanto la rodea, grande si es soberana de sí misma, porque solo á este precio es digna, y soberana de sí misma solamente cuando es libre.

No se me oculta que la libertad tiene sus males. Pero ¿dónde en la naturaleza humana, que por todas partes choca fatalmente con el límite, dónde no estará el mal? El dolor entra como una cantidad necesaria en la vida moral, y el mal entra en la vida material. Además, que el mal absoluto no existe; y así como de todas las leyes de la naturaleza, aun de aquellas que nos parecen más crueles, resulta el bien; de todos los efectos de la libertad, aun de aquellos que nos parecen más subversivos, resulta á su vez el bien. No hay noción superior de bien á la que consiste en

14



asegurar que cada sér lo realiza cuando cumple su fin. Pues el hombre no puede cumplir su fin sin el medio propio, universal de su acción, sin la libertad. Luego la libertad es, no lo dudeis, la condición primera de la vida. Esto es tan cierto, que donde la libertad no existe, ¡ay! no existe la vida. Mirad lo que ha hecho el trabajador libre de las ásperas selvas del Norte de América. Un paraíso. Mirad lo que ha hecho el trabajador esclavo, el trabajador mahometano de las más hermosas regiones de la tierra, del Bósoro, del Norte de Africa, de las islas griegas. Un desierto. ¡Oh libertad! Al maldecir de tí maldecimos como el blasfemo de nosotros mismos; al renegar de tí renegamos como el suicida de nuestra misma vida.

Los Estados, cuando no se limitan á asegurar la coexistencia de todos los derechos, violan en su interés propio alguna manifestación de la libertad. Y hé aquí la principal desconfianza que me inspiran sin excepción todas las escuelas socialistas. No pueden fundar sus arbitrarias teorías sin una rehabilitación del Estado; no pueden rehabilitar el Estado sin volvernos á los tiempos del absolutismo. Cuando declaran á la libertad impotente para curar vuestros males, para dulcificar vuestros trabajos, para promover vuestro crédito, para activar vuestro tráfico, declaran á la libertad poco menos que inútil. Así educan generaciones de esclavos. Cuando declaran que el Estado sólo puede organizar el trabajo, organizar el crédito, declaran al Estado superior al derecho, al Estado superior á la libertad, Así restauran el absolutismo. En aquellos tiempos en que se creía que el Estado era dueño de una ciencia infusa y llevaba en sí un derecho superior divino, de tal suerte, que los hombres le acataban como la imagen de Dios sobre la tierra, en los tiempos del absolutismo, se explica fácilmente que los hombres creyeran al Estado con una ciencia superior para sondear las llagas sociales, con un re-

medio superior para curarlas. Pero hoy que vamos á todo andar, á reintegrarnos á costa del Estado en todos nuestros derechos; hoy que proclamamos la libertad de pensar porque no creemos en su infalibilidad; la libertad de enseñanza, porque no creemos en su ciencia; la libertad de asociación, porque no creemos en su omnipotencia social; la libertad del trabajo, porque no creemos en sus fuerzas; hoy sería indigno que le confiáramos la solución del problema indudablemente más complicado y difícil, de aquel que no puede resolverse sino con la ciencia de todos, con el derecho de todos, con las fuerzas de todos, con la libertad de todos, con el capital y el trabajo de todos; por toda la sociedad libremente desarrollada en todas las direcciones de la vida. El progreso ha hecho que el hombre sea cada día más dueño de sí mismo; que delegue cada día en el Estado menos facultades y menos derechos. ¿Y quieren los socialistas que delegue en el Estado el derecho de procurarse el crédito, de procurarse el trabajo, de procurarse el sustento? Entonces el progreso es mentira, la revolución un delirio; la democracia una escuela no de hombres, una escuela de esclavos.

Así, notadlo: los fines socialistas podrán ser muy buenos y muy santos, pero los procedimientos, los medios son todos absolutistas, todos, por consiguiente, inadmisibles. Y como los medios, los procedimientos son malos, quiere decir que el absolutismo, en su fondo, es socialismo; y el socialismo es absolutismo. Importa poco que se ponga á servicio de la aristocracia ó del clero, ó de los antiguos reyes, ó del pueblo; como es el mal, ha de dar el mal; que en la sociedad y en la naturaleza cada ser engendra su semejante, cada semilla dá su fruto. Investigad uno por uno los medios, los procedimientos socialistas y decidme: cuál hay que no sea absolutista, cuál hay que no sea conocido en la sociedad abandonada ya por la revolución. Recorramos algunos al acaso. El dominio del Estado sobre

la propiedad, es una teoría socialista. ¿Qué otra cosa propone el autor de la Icaria, sino la abolición de la propiedad individual? ¿Qué otra cosa el mismo autor de la organización del trabajo, cuando pide que las sucesiones colaterales sean abolidas, y pase la herencia en este caso al fondo común social? ¿Qué significan las interpretaciones simbólicas dadas por el autor del libro *La Humanidad* á los nombres de los patriarcas sino una reseña de los graves males que, según él, trae la propiedad? ¿Qué significa aquella especie de pontificado industrial de los sansimonianos, el cual puede disponer de las personas y de las cosas? ¿Qué el grito, aun resonante, que nos ha dicho: disminuye la propiedad, á medida que aumenta la libertad? Significa, en último resultado, la confiscación de la propiedad por el Estado, á título de su dominio superior y eminente. Pues bien, esta teoría, es la misma teoría absolutista. Los reyes antiguos disponían á su arbitrio de la propiedad de la tierra. El menor delito político lo castigaban con la confiscación de los bienes del culpado. Repartían tierras entre sus cortesanos. Por un capricho estético, confiscaban un campo, una casa. Apoderábanse, como hizo varias veces Felipe II, hasta de las naves que venían de América con dinero para los particulares. Mirad, pues, si no tengo razón, al decirnos que en el fondo del socialismo se encuentra el absolutismo. La eterna honra de la democracia, es haber escrito entre los derechos fundamentales, lo mismo en la revolución de 1777, que ha creado la democracia americana, que en la revolución de 1789, que ha creado la democracia europea, la propiedad. La eterna honra de la democracia, es haber prohibido para siempre la confiscación, expulsada ya de todos los códigos modernos. ¿Queréis volver á los tiempos en que la propiedad estaba á merced del Estado? Entonces habéis quitado todo aliciente al trabajo, todo encanto al ahorro; habéis destruido la consanguinidad entre vuestro organismo y la

naturaleza; habéis interpuesto una sombra maldita entre vuestro fecundo trabajo y la tierra, esa eterna madre, en la cual prende el espíritu por la raíz de la propiedad. No es posible que, vosotros, ¡oh trabajadores! vosotros, los soldados de la libertad, hiciérais retroceder al mundo en su camino.

Otro de los procedimientos socialistas, es la organización del trabajo. No les basta la ley de la libertad para ordenarlo; necesitan otra ley que llame el socialismo justicia, y que realmente es la arbitrariedad del Estado. La organización del trabajo: hé aquí la palabra de orden del socialismo. En el mundo que ha señalado el más activo de todos los socialistas, no hay propiedad, ni moneda, ni compras y ventas; la comunidad recoge los frutos de la tierra, los productos del trabajo, y á cambio de ellos, instruye, alimenta, viste, aloja á todos los ciudadanos. Otro socialista dice. ¡El Estado es el regulador supremo de la producción, y debe hallarse revestido para cumplir este fin de un poder muy fuerte! ¡El Estado, investido de ese poder! ¿Con qué derecho nos quejaremos hoy si tal teoría admitimos, de que arranque brazos con la quinta á la agricultura, de que estanque las materias indispensables para la vida, como la sal, de que nombre los maestros, y expida títulos para todas las profesiones, abrogándose una capacidad superior á la capacidad de todos los hombres?

Pero, ¡á qué hablo de hoy? El socialismo no es solamente conservador, es algo más que eso, es también reaccionario. El antiguo absolutismo entregaba al Estado la facultad omnímoda de organizar el trabajo. El antiguo régimen vendía el derecho de trabajar; decretaba los oficios que cada cual podía ejercer; obligaba por la corvea á la sustitución; nombraba los maestros, y de esta suerte organizaba el trabajo; y al organizarlo completamente lo aniquilaba. Si esa organización del trabajo por el Estado es justa, es de derecho, volvamos pronto, volvamos sin repugnancia



al siglo décimo-cuarto, y veremos á D. Pedro el Cruel negando á sus vasallos el andar valdíos en los caminos; mandando á los zapateros cómo han de hacer los zapatos, segun sean de cordoban, de lo dorado; á los alfayates, cómo han de tejer los paños, segun sean de tabardo ó capirote; á los remendones, cómo han de ser de recias las suelas; y á los carpinteros, ferreros, armeros, acicaladores, cómo han de realizar su trabajo, y á todos el precio de ese trabajo; llegando así á una organizacion bárbara, bajo cuyo peso el alma solo encontraba esclavitud y el cuerpo hambre. No hay diferencia esencial entre esta organizacion y aquella que proponia: 1.º La distribucion en cada municipio de los ciudadanos por clases. 2.º El nombramiento de magistrados destinados á cuidar de los trabajadores. 3.º La determinacion por la ley de las horas de trabajo. 4.º La aplicacion de las máquinas por la administracion pública. 5.º La inspeccion de los trabajadores por la administracion municipal, que deberá á su vez informar á la administracion suprema. ¿No os asfixiais en una sociedad semejante á una sociedad absolutista; vosotros tan libres? No es el trabajo reglamentado, el trabajo convertido en máquina, el trabajo que lleva el trabajador al taller como el pastor lleva al buey á la coyunda; no es ese trabajo esclavo el que ha escudriñado con el telescopio los cielos; el que ha vinculado en unas letras la inmortalidad del pensamiento; el que ha medido la gravitacion universal y ha pesado el aire, y ha encontrado los gases, y ha infundido alma á la materia con el vapor, y ha dado á la palabra alas con la electricidad, uniendo los continentes, anticipando el dia de la comunidad de ideas y de derechos entre los hombres, no; el que ha hecho todas estas maravillas es el trabajo libre, que ha de ser la redencion del trabajador, el hermosteamiento y la perfeccion de la tierra.

Y lo que digo de la organizacion del trabajador por el Estado, digo de la organizacion de

las asociaciones por el Estado. No hay principio tan fecundo como el principio de asociacion. El trabajador aislado, sucumbe. No puede solo resistir á las exigencias del capital. El capitalista tiene interés en que mengüe el salario. Pero asóciase el trabajador con sus hermanos, y verá como se alivia su triste suerte, su dura condicion. Podrá poner por sí mismo el precio del trabajo; podrá señalar sus horas; podrá tener una caja de ahorros á poca costa, y encontrar en ella apoyo en la vejez, algun recurso para su viuda, alguna esperanza de que sus hijos, mientras sean niños, han de hallar, si muere, en la asociacion recursos y amparo. Estos resultados de la libre asociacion no son utópicos, no. Se han realizado. En Inglaterra comenzaron en 1843 las sociedades cooperativas. Aquellas sociedades no pedian apoyo ninguno al gobierno, ni un céntimo al Tesoro. Cada trabajador dejaba en un fondo siete cuartos por semana. Pues con estos siete cuartos llegaron á su redencion por sí mismos. Imaginaos lo que os exige un gobierno por asegurar vuestro trabajo; imaginaos cómo grava con los consumos el pan de vuestra mesa; imaginaos cuantos empleados, cuantos burócratas sostiene con el sudor de vuestra frente; y decid luego si no es próspera la asociacion voluntaria que os promete la democracia. Esas asociaciones inglesas comenzaron con 28 socios y un capital de dos mil reales, y á los diez y ocho años tenian 4.000 socios, y un capital de más de cuatro millones de reales. Mirad en cambio lo que hicieron los talleres nacionales franceses: aquellos talleres socialistas, fundados por el Estado, mantenidos por el Estado. ¿Qué hicieron? Fomentar la pereza, comprometer el trabajo individual, producir malo y caro, perturbar las leyes económicas, subventar la sociedad, y cansar de tal modo á los trabajadores mismos, que prefirieron el mañana inseguro, el pan incierto, el trabajo forzado, al amargo pan del socialismo, como el ave prefiere á la jaula de oro y al regalo de la esclavitud, el cielo azul que le convida con el bien de la libertad. Reglamentad las asociaciones por la fuerza del Estado, y tendreis tambien otra institucion absolutista; los antiguos abolidos gremios donde no habia trabajadores, sino siervos.

Imaginaos que el socialismo lograba todas las maravillas posibles. Imaginaos que fundia la nieve del polo, poblaba los desiertos de África, convertia en limonada gaseosa el mar, acercaba el mayor número de ástros á nuestros hemisferios, levantaba el Eden perdido sobre la tierra, bordaba con una primavera eterna los campos, suprimia la lucha, el dolor, la pena; alcanzaba alas como las del

águila para nuestro pesado cuerpo, medios de subir de esfera en esfera hasta el sol de los soles; el néctar de los dioses para apagar nuestra sed, la ambrosía para satisfacer nuestra hambre; transformar nuestro organismo en una forma tan bella como la forma de las estatuas clásicas; darnos la serenidad límpica; difundir por nuestras venas todos los placeres que hay derramados por el Universo; si para esto nos numeraba como esclavos, si hacia del trabajo una fuerza ciega; bien podríamos decirle: aparta, es mejor que el dominio sobre miriadas de soles y de planetas, la austera libertad.